

nífico periódico para enseñanza de muchos pobres explotados.

Mande como guste á este su afectísimo s. s.

J. C. DE H.

Méjico.

La poesía del hogar

La poesía del hogar se llama cariño, y al nacer, el cariño hace iguales á todos los hombres, los brazos de la madre son el hogar de los recién nacidos.

El hombre que ha sentido el calor del regazo materno, ya sea en una choza ó en un palacio, llevará siempre grabado con caracteres que no se borran, en lo más delicado del alma, el sentimiento poético del hogar.

No sabrá definirla, pero sabrá sentir en momentos supremos «la poesía del hogar».

El marinero que desde lejanas tierras acurrucado en el silencioso rincón de su camarote, se pone á escribir «á casa» sin darse cuenta olvida las distancias y ve en lontananza el campanario de su aldea y la llegada del cartero á las puertas de la casa paternal, y siente el escalofrío de aquel grito de sana alegría, «carta del chico», con que la madre reúne en torno suyo deudos y convecinos. Es la poesía del hogar. Y ese sentimiento inefable con que inunda el espíritu el recuerdo del hogar, la idea de que hay un rincón en el mundo donde, por muy viejo que sea, siempre el «chico», le hará revivir el calor sentido en los brazos de la madre, y en el calor que revive hallará recursos para hacer frente á las tempestades de la vida.

Es la fuerza de la poesía del hogar

Deletra la madre entre sollozos y lágrimas la carta del hijo, y escuchan su lectura con recogimiento de iglesia parientes y amigos. A quien va dirigida es lo de menos: es para todos; en su casa nunca oyó decir esto es tuyo ó esto es mio; todo era de todos y todo para todos. Mira el mundo como lo aprendió á mirar en el hogar bendito, con los ojos de todos; ve matices y descubre detalles delicados y sublimes que no perciben los que, olvidando los recuerdos de la familia, analizan las cosas con ojos de cosmopolita. Sabe y siente que todas sus emociones, sus penas como sus venturas, encuentran eco, y se considera feliz con el mundo que lleva dentro.

La poesía del hogar se siente, no se define; á lo sumo, pudiera decirse que es la comunión de sentimientos, de ilusiones, de alegrías, de esperanzas, de penas y quebrantos, de oraciones y plegarias que ascienden al cielo como las espirales del incienso que se ofrece en los altares. Todo se comunica y todo se comparte; nadie piensa en sí mismo y todos piensan y se sacrifican por los demás. Es el sentimiento despojado de las miserias del yo que pregonan filosofías modernísimas, y que engendran, y da vida, y comunica esplendores divinos á las manifestaciones siempre delicadas de la más sublime de las poesías.

El orgullo y la alegría son generales cuando el niño de la casa tiene el primer diente, da el primer paso, hace los primeros palotes ó viste el primer uniforme. Mas tarde, cuando los hijos no necesitan más del apoyo de sus padres, empiezan á comprender que pronto los padres tendrán que apoyarse en ellos. ¡Y báculo de la vejez de los padres son los hijos! El corazón, que ha recibido mucho, puede dar mucho á su vez. En eso consiste la poesía del hogar.

PAZ DE BORBÓN

INTRUSOS

El que esto escribe ha tenido ocasión de oír frecuentes quejas y vehementes lamentaciones de los Doctores en me-

dicina que protestan airados, y muy justamente, contra los intrusos en la ciencia de curar, sostenidos por la incultura popular, con grave detrimento de la salud pública. Realmente, este es el país de los vocingleros charlatanes, de curanderos tan enfatuados como imbéciles, á quienes se entregan las muchedumbres ignorantes, dando pábulo á una explotación inicua, á costa del don más precioso de la naturaleza, la salud. Estas pobres gentes no llaman al médico más que para que firme certificaciones de defunción.

De uno de los hombres más eminentes en la ciencia médica, se cuenta una anécdota curiosísima. Recibió, cierto día la visita de un caballero elegantemente vestido, á quien colmó de atenciones, con exquisita cortesía. Sorprendido el visitante, exclamó: sin duda no me ha conocido V., Doctor; soy Antonio, su antiguo criado. ¿Como había de conocerle, replicó el Doctor, si pareces un Ministro de Hacienda? Dime cómo has logrado este cambio de fortuna que revela tu porte elegante. Mientras estuve al servicio de V., dijo el criado, tuve cuidado de copiar algunas recetas de las que V. daba á los enfermos; salí de esta casa y me dediqué á curandero, con tanta fortuna que ya tengo asegurado mi porvenir, sin otra ciencia que las recetas de mi querido Doctor. ¿Pero hay enfermo tan imbécil que se entregue á un malandrín semejante, dijo asombrado el Galeno? ¡Qué poco sentido práctico tienen los sabios! añadió el criado. Entre tantas gentes que hay ahora en la Puerta del Sol ¿cuántos cree el Doctor que tienen sentido común? Estupefacto el Galeno contestó: tal vez no lleguen á un cinco por ciento. Pues ese cinco por ciento busca, en sus dolencias, al Médico, y yo me quedo con el noventa y cinco restante.

Otro tanto ocurre con la ciencia-madre, con el médico espiritual, con los Doctores en la ciencia de Dios. También, en cuanto se refiere á la Religión, hay bárbaros intrusos, charlatanes de taberna, follones y malandrines que no conocen el catecismo de la doctrina cristiana, y, sin embargo, dogmatizan con toda la seriedad del asno, hablando, como sacamuelas, de las más abstrusas cuestiones de la Teología católica; y ni que decir tiene los desaguisados que cometen y las aberraciones en que incurren y hacen incurrir á los inconscientes bobalicones que escuchan sus peroraciones.

Y es muy digno de tomarse en cuenta que las gentes ignorantes que huyen de la Parroquia, por no poder digerir las explicaciones de la doctrina cristiana, las sublimes enseñanzas del Evangelio, se entusiasman, cuando algún vocero del radicalismo sectario apoya sus disolventes y demagógicos principios con textos de algún Santo Padre traídos por los cabellos ó con algún apotegma evangélico interpretado, según su peculiar hermenéutica. Y esto

que es frecuente en el club, lo vemos también en la prensa tabernaria, haciendo las delicias de aquel noventa y cinco por ciento á que se refería el criado del famoso Doctor.

No me sorprende esta observación que, por desgracia, está tomada de la realidad. Es un hecho antiguo en la Historia. Cuando los pueblos pierden la fé, se entregan á las más abominables monstruosidades de la superstición. Cuando Saúl despreció al Profeta del Señor, se fué á consultar á una pitonisa. Los pueblos menos religiosos son los que aceptan todas las supersticiones. Los que niegan la Providencia de Dios, buscan á las gitanas, para que les digan la buena-ventura y les preparen alguna pócima; para que sus mujeres les aborrezcan. ¡Cuánta ignorancia! De ella se prevalecen los charlatanes sectarios, para asombrar á los bobos, infiltrándoles ideas perniciosas y disolventes, y formar lo que después llaman ambiente de opinión, público anhelo, en que debe apoyarse toda *sabía política de adaptación al medio*. La labor funesta de esos intrusos en la ciencia religiosa y social obedece, consciente ó inconscientemente, á la consigna de hacer todos los días un poquito de revolución, embaucando á las masas de analfabetos que mañana serán lanzados, como furiosos energúmenos, á la vanguardia de todo motín callejero, como carne de cañón.

La verdadera ciencia cristiana es la única recta educadora del pueblo. La Parroquia es la casa de Dios, á la vez que la casa del pueblo, en donde ha de aprender éste sus deberes y sus derechos. Allí ha de encontrar al médico de las almas, á quien ha de llamar en todas sus necesidades, despreciando el proceder de esas pobres gentes que se entregan, en sus dolencias, á curanderos, y sólo llaman al médico, para que certifique de la muerte. En la Parroquia ha de encontrar la doctrina salvadora del Crucificado, sin malévolas mixtificaciones; porque el Párroco, á la vez que maestro y médico, es padre amantísimo que busca la paz y la salvación del pueblo. ¡Fuera intrusos! El Párroco es vuestro médico, vuestro padre, vuestro amigo.

PETRONIO.

Por no ir al Catecismo

Hace veinte años, el párroco de Esclés, M. Voinnson, decía á una aldeana:

—No dejéis de obligar á vuestro hijo á que asista con regularidad al Catecismo, pues de lo contrario, me veré obligado á no admitirle á hacer su primera Comunión.

—Poco me importa—replicó la madre—; las encinas se desarrollan bien en el bosque sin Catecismo y sin primera Comunión.

Veinte años después, el hijo, que, según ella, no necesitaba de una cosa ni de otra, estrangulaba á su madre por negarle ésta el dinero que le pedía para ir á la taberna; y acaba de ser juzgado y condenado á muerte.

Algo de todo

¡Oídme, radicales! Hay obreras explotadas en las casas de ocasión:— Esas monjitas explotadoras hacen á los comercios y á las industrias particulares ruinoso competencia.— Así habláis; y escribís; destilando el virus de la calumnia en las almas. Mas esas obreras, fueron abandonadas por vosotros y las pisoteásteis, quizá, como un insecto; las llenásteis de barro, las arrojásteis en el cieno, y ellas, creadas para cosas más grandes, desearon la regeneración que la sociedad descuidó, y la encontraron en el convento; aprenden un oficio y se rehabilitan por el trabajo de las monjas calumniadas por plumas innobles, y lenguas de víbora. ¡Ah, radicales! ¿Qué queréis? ¿Que esas jóvenes hijas de obreros, y de pobres deshonren á sus dignísimas familias llenando lenocinios para entretenimiento de tisi-quillos burgueses? ¿Queréis que arrastren por la calle la inmensa desgracia del abandono social? ¿Queréis que vivan en la miseria más abyecta sin un pedazo de pan que las asegure el porvenir? Pues vuestro deseo es una villanía, que no se abriga sino en pechos empequeñecidos! ¿Queréis regenerarlas? Pues entonces nada significa la competencia que sus trabajos puedan hacer al comercio y á la industria particular. La regeneración de esas criaturas pobres demanda esa competencia tan insignificante. Insignificante, repito, porque nada suponen en Madrid por ejemplo, cuatro ó cinco casas de esta especie, que vendan en el mercado libre los productos de su trabajo, pues las monjas regeneradoras no deben hacer lo que el sastre del Campilo: coser la tela y poner el hilo.

La señal de la Cruz

En una audiencia del Senado Francés, constituida en Alta Corte para juzgar el pseudo complot contra la República, compareció como testigo un popular poeta bretón, M. Teodoro Brotel.

Al presentarse el poeta para hacer su declaración, el Presidente le dice:
—Levantad la mano derecha y jurad que vais á decir la verdad.

El testigo (dirigiendo una mirada por toda la sala).—¿Dónde está el Crucifijo para jurar, Sr. Presidente?

El Presidente.—Os pido que prestéis el juramento legal.

El testigo.—Y yo os pregunto: ¿Dónde está el Crucifijo?

El Presidente.—Si el testigo no quiere prestar el juramento legal, le rogaré que se retire sin declarar.

El testigo.—Pues bien; todo cristiano que hace la señal de la Cruz es un Crucifijo vivo. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, juro decir la verdad.

Con alaridos, protestas y risas irónicas de los senadores de la izquierda fueron acogidas estas palabras.

Un senador de la derecha.—No tenéis por qué reiros. Inclinaos más bien.

El testigo (dirigiéndose á la izquierda).

—¿Por qué estáis gruñendo?

.....
Continúa la audiencia.

NEGRURAS

I

La tierra está triste
y está triste el cielo:
las timidas nieblas, desde la montaña
rodando en silencio,
sobre las casitas de mi pobre aldea
su manto extendieron;
y todas quedaron cubiertas de luto,
vestidas de negro.
De negro vestida y enferma del alma
¡ay! también me veo,
desde que ha dejado tu bendita imagen
de ser mi embeleso,
desde que tus ojos ya no me sonrien
como en otros tiempos,
desde que tus labios un adiós me dieron;
un adiós que rasgó mis entrañas,
un adiós que aumentó mis desvelos.
¿Por qué, vida mía,
te fuiste tan lejos?
Desde que marchaste, prenda de mi alma,
no sé lo que tengo...
¿Te acuerdas, Blasiño?
Yo siempre me acuerdo.
Me dijiste—al entrar en el barco—
con los ojos de lágrimas llenos:
«Adiós, Carmeliña,
¡ay! tal vez ya nunca volvamos á vernos;
si vieras qué miedo le tengo á la América,
si vieras que miedo!»
Mas al fin partiste
del nativo suelo:
era necesario
que marchases presto.
Los recaudadores
ya nos embargan la casa y el huerto...
Era necesario, Blasiño del alma,
¡no había remedio!
¿Por qué no me escribes?
¿Por qué así, bien mío, doblas mis tormentos?
¿Por qué me abandonas? ¿Por qué no me sacas
de este negro infierno?
Dímelo, ángel mío,
dímelo, mi cielo...
¿Por qué no me escribes? ¿Por qué así te
(obstinas
en guardar silencio?
¿Por qué no me escribes?
¿Es que estás enfermo...?
¡Ah! debes estarlo,
—si es que no estás muerto—
cuando no me escuchas, ¡cuando no temueven
á piedad mis ruegos!—

II

—¡Oh! no llores mujer desdichada
y tus amarguras
devora en silencio:
si lo amaste vivo
no le llores muerto;
que la muerte merecen los hombres,
y merecen la muerte los pueblos,
que del déspota uncidos al carro
no rugen de rabia,
que tiemblan de miedo.
Si; por siempre malditos nosotros,
eunucos cobardes, sin gestas ni gestos,
que la mano opresora besamos
de rapantes caciques negreros...
¡Oh cacique, columna del régimen,
tú vistes de fiesta; Galicia, de duelo!
Tú, después de robarnos la hacienda,
nos bebes la sangre,
nos chupas los huesos
y á emigrar á la América obligas
al paria gallego.
¡Oh cacique, salud! ¡Oh cacique,
salud!: ¡es tu cetro de un César el cetro!
ELISARDO SAYANS

La táctica de los impíos

Los impíos han sido siempre lo mismo. Su táctica, sus procedimientos y su conducta presentan en todo tiempo idénticos caracteres.

Mientras luchan por implantar sus ideas y conseguir el predominio de sus doctrinas

sobre las gentes, les oireis invocar el derecho á la vida, á la tolerancia y á la libertad, clamando contra la intransigencia, el despotismo y la tiranía de los católicos.

Dejad que los impíos prevalezcan y vereis en su conducta la mas rigida de las intransigencias, y en sus procedimientos el más brutal de los despotismos.

Y es que el error, de suyo repugnante, necesita, para imponerse, de la hipocresía, y para mantenerse dominando ha de recurrir, como todos los débiles, al auxilio de la tiranía y de la fuerza bruta...

Lo ha dicho un pensador ilustre: no hay hipocresía más refinada que la del error cuando quiere conquistar á las gentes; no hay tiranía más execrable que la de ese mismo error, cuando las tiene conquistadas.

De qué no libra la bula de Meco

—D. Zóilo, acabo de hacer un gran descubrimiento.

—Lo creo; capaz eres de inventar la sopa de ajo.

—No lo tome usted á broma que es de veras.

—Bueno, pues, vaya, veamos el invento.

—Está visto que el que la hace la paga.

—¡Carámbanos, te habrás quedado calvo!

—Calvo, no señor, pero yo me admiro de que hay sabios que no lo creen.

—Serán pájaros de cuenta.

—Y ¿por qué esos sabios no creen el refrán?

—Eso explícalo tú: Después de hacer tú el descubrimiento ¿quieres que yo te lo explique?

—Es que yo lo siento allá dentro, pero me faltan palabras.

—Lo mismo le pasaba al perro del tío Zanguango.

—Córcholis, si usted me lo dice no vuelvo más á la taberna de Pablo Mentiras.

—Convenido, escúchame: sabrás amigo Toribio que hay dos vidas, una presente y otra futura; que el que comete una acción mala, ó la paga en esta vida confesando su pecado y haciendo la debida penitencia, ó la paga en la otra si la acción mala es leve con el fuego del Purgatorio, y si es grave con los tormentos del Infierno. Conque ya estás enterado; de buenas comidas podrá uno escapar, pero de pagar lo que debe no hay rey ni Roque que esté libre.

—Pues mire usted, eso será mucha verdad, pero Crispín Cerote el zapatero de la esquina y Currillo Palique el barbero de enfrente dicen que no hay más vida que ésta, que muerto el perro se acabó la rabia, que el cielo y el infierno están aquí abajo y que todo lo demás es invención de los curas para sacar los cuartos.

—Tu, tu, tu turututú, ¡ajajá! ya salieron los sabios de engrudo y tijera. Conque Crispín Cerote y el rapabarbas ¿eh? ¡buen par de prójimos para cojer monas y dar palizas á la mujer! Claro, á esos caballeros no les convie-

ne que haya otra vida; pero amigo mío, Dios no está á las conveniencias de los impíos sino á lo que la razón y la justicia piden.

—Eso es de sentido común, ¡recientito! usted habla como un libro, D. Zóilo. ¿Sabe usted una cosa?

—¿Qué es?

—Que esos dos compadres se empeñan en lo que leen en «El País» y «El Socialista» y no hay potencia humana que los apée de esos burros.

—Ya comprendo. Como esos papeluchos halagan las pasiones y aporrean las virtudes por eso son del gusto de esa clase de gente; pero no hay tu tía, Toribio, *el que la hace la paga* y de esto no les libra ni la bula de Meco.

P. R.

PENSAMIENTOS

La falta de necesidades es la mayor riqueza.

—La eternidad es el único pensamiento digno del alma inmortal.

—El errar es propio de los mortales; pero es un acto indigno el tratar de disculpar sus yerros con la mentira.

—Mientras más ayudemos al prójimo á llevar su carga, más ligera se nos hará la nuestra.

—Todos pensamos á veces en lo que debiéramos ser, pero que no somos

De cómo se salva una nación

Hablaba cierto día el gran general y emperador Napoleón I con la sabia y famosa Madama Campan sobre los medios mejores que se debían emplear en Francia para formar una generación nueva de principiosanos, de alma sana, de corazón sano.

Comenzó el primero á trazar planes y á exponer sistemas con el mismo aplomo y seguridad con que mandaba en el campo de batalla dar una carga de caballería.

Escucháballo con atención y sin decir palabra la discreta señora; y cuando él se cansó de hablar, dijo ella con noble libertad:

—Majestad, a mi ver, una sola cosa falta en Francia para que los niños y los jóvenes salgan bien educados y para alcanzar esa brillante regeneración que todos deseamos.

—¿Cuál?—replicó con viveza el Emperador.

—Majestad—contestó al punto la señora;—faltan madres.

Napoleón quedó un rato pensativo, y luego, comprendiendo toda la extensión de aquellas palabras, añadió:

—Tenéis razón: faltan Madres. Hay, pues que formar buenas Madres que vayan inculcando en el corazón de los hijos las ideas cristianas, y Francia estará regenerada.

¡Faltan Madres! ¿No hubieran podido añadir también: faltan padres?

En esta ocasión, el mismo gran Emperador, que á veces recobraba el sentido cristiano que perdía en los campos de batalla y en los esplendores del trono al entregar á su hijo en manos de la virtuosa señora de Montesquieu le dijo:

—Señora, os entrego este hijo, sobre el cual reposan los destinos de Francia y quizás de toda Europa: haced de él un gran cristiano.

Hubo alguno que se echó á reír al oír estas palabras; pero Napoleón, dirigiéndose indig-

nado hacia él, le dijo: «Si, señor, bien se lo que me digo; hay que hacer de mi hijo un buen cristiano, si no, tampoco será buen francés.»

Suyas son también aquellas memorables palabras.

«De los colegios dirigidos por los frailes, y en particular por los jesuitas, salen los mejores ciudadanos y los más valientes soldados.»

¡Sisería un reaccionario y un clerical Napoleón!

GARCIA MORENO

Este ejemplar presidente de la República mejicana lo primero que visitaba en una ciudad era el hospital. El de Guayaquil lo encontró muy descuidado, durmiendo los enfermos en una estera. «Estos pobres infelices están muy mal acostados, dijo al gobernador, ¿por qué no se les provee de lo necesario para que tengan mejor cama?»

—«No tenemos recursos, pero le prometo á V. E. que dentro de pocas semanas quedarán remediadas todas las necesidades».

—«Dentro de pocas semanas, no, repuso García Moreno; porque no tienen tiempo de esperar. Usted se acostará aquí en la estera esta noche y todas las que sigan hasta que cada enfermo de estos tenga su colchón y su manta, pues son hijos de Jesucristo como nosotros» Antes que terminara el día, todos los enfermos estaban provistos de camas, y el gobernador pudo dormir tranquilo en la suya.

(P. Berthe.)

IMPRESA DE L. SANGENIS
GIJÓN

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento oficial

Intereses que abona esta Caja de Ahorros

A las imposiciones reembolsables á la vista, el 3 por 100 anual.

A las imposiciones reembolsables á seis meses, el 3 y medio por 100 anual.

A las imposiciones reembolsables al año, el 4 por 100 anual.

Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.

Además se alquilan huchas, á dos reales al año para ahorrar á domicilio.

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31, MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

BIBLIOGRAFIA

La importante revista quincenal de Madrid, *El Eco del Pueblo* ha publicado, con fecha 1.º de Enero, un magnífico número extraordinario con escogido texto y hermosos grabados poniendo de relieve la importancia social de los Circulos Católicos de Madrid, además de otros asuntos importantísimos para las clases trabajadoras.

El Eco del Pueblo debe ser conocido de todos los obreros.

Reciba nuestra modesta felicitación.

Derroche de lujo, de saber y de arte es el último número, adornado con magníficos grabados ó varias tintas, de la Revista mensual ilustrada «El Santísimo Rosario» que se publica en Vergara bajo la dirección de los RR. PP. de la Orden de Predicadores y que nos distingue con el cambio desde nuestro primer número.

Viene dicho número de Enero, que recomendamos á los buenos católicos amantes del Rosario, lo mismo que todos los de la citada Revista, vestido de gran gala con motivo de la celebración de sus «bodas de plata».

Que llegue á celebrar las de «Oro» deseamos, para bien de la religión y de la ciencia. Nuestra enhorabuena.

Obsequios

Nuestros buenos amigos D. José Alvarez y Alvarez, dueño de la acreditada Fábrica de Chocolates en esta localidad «La Fama» y D. Lino V. Sangenis, editor de este periodico, nos han obsequiado, el primero con dos elegantes carpetas, y un almanaque de escritorio, el segundo, por todo lo cual les quedamos muy agradecidos.

Conocimientos útiles

Para purificar el aire de una habitación basta colocar en ella un cántaro con agua. Dentro de algunas horas ésta habrá absorbido todos los gases respirados y quedará impura por ellos. Cuanto más fría el agua más propósito es para absorber aquellos gases. A la temperatura ordinaria un lebrillo lleno de agua absorberá gran cantidad de ácido carbónico y gas amoníaco.

Correspondencia administrativa

Sr. D. L. M.—Manlleu.—Pagó hasta fin de Junio de 1911.—Respecto de los últimos párrafos de su carta, necesitaríamos datos concretos, es decir fechas y nombres, siquiera como prueba de nuestras afirmaciones en caso de necesidad.

Sr. D. J. F. T.—Ujo.—Pagó hasta fin 1910.

> > R. Z. B.—Id.—Id. id. id. id.

> > J. P. J.—Id.—Id. id. id. id.

> > T. G. I.—Id.—Id. id. id. id.

> > B. S. G.—Id.—Id. id. id. id.

Fábrica «Agustina».—Id.—Recibidas las 48 pesetas por su anuncio anual que empezaremos á publicar en 1.º de Febrero próximo.

Sr. D. J. R. M.—Oviedo.—Pagó hasta fin de Enero 1912 y muchas gracias por sus elogios.

Sr. D. A. C.—Moncalvillo.—Id. id. de Agosto de 1912.

Sr. D. A. V.—Villabragima.—Tiene pagado todo hasta fin de 1911.

Sr. D. J. G. C.—Cadanes.—Pagó 1911

Sr. D. F. L.—Pbro.—Cangas de Onís.—

Idem idem.

Sr. C. P. de Villanueva.—Id. id.

Sra. D. A. de la T.—Laviana.—Id. id.

Sr. D. M. P.—Cadavedo.—Id. id. id.

Sr. D. F. L. T.—Novalés.—Id. hasta fin Agosto 1913.